UNA IGLESIA PROMOTORA DE LA INTEGRACION DE AMERICA LATINA

P. Antonio González Dorado, S.J.

INTRODUCCION

LA UNIDAD DEL UNIVERSO COMO OBJETO DEL EVANGELIO

Uno de los grandes objetivos que aparece en la fe de las comunidades neotestamentarias es la unidad.

San Juan ha recogido la oración de Jesús por su Iglesia:

> *"No te pido sólo por éstos, te pido también por los que van a creer en mí mediante su mensaje: que sean todos uno, como tú Padre estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros, yo unido con ellos y tú conmigo, para que queden realizados en la unidad: así sabrá el mundo que tú me enviaste y que los has amado a ellos como a mí"* (Jn 17,20-23).

Se trata de una unidad que tiene como fundamento y expresión el amor: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros: igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros" (Jn 13,34-35).

La unidad interna de la Iglesia tiene como dinámica y horizonte la unidad de toda la humanidad. Así ha quedado recogido en la carta a los efesios: "Y derrochó su benevolencia con nosotros (...), revelándonos su designio concreto, conforme al querer y proyecto que él tenía para llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste" (Ef 1,8-10). Se trata de una unidad que se expresa en categorías de paz, superando las viejas divisiones y hostilidades entre los hombres:

> *"Cristo es nuestra paz: él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad (...); para con los dos, crear en sí mismo una humanidad*

nueva, estableciendo la paz y a ambos, hechos un solo cuerpo, reconciliarlos con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad" (Ef 2,14-16).

Este es el sorprendente y grandioso proyecto del Evangelio: una Iglesia unida por el amor y una humanidad unida por la paz: una Iglesia y una humanidad unidas al Dios del amor y de la paz y, consiguientemente, incorporadas al Reino de Dios.

El mensaje y el proyecto del Evangelio tienen hoy una especial resonancia en las aspiraciones y posibilidades de nuestras iglesias y de nuestro mundo actual. Nos encontramos en medio de una humanidad que se unifica aceleradamente con ideales de paz y en la que ha llegado la hora, según la feliz expresión de Pablo VI, de promover a todos los niveles la civilización del amor, la gran responsabilidad de la Iglesia ante el tercer milenio como en múltiples ocasiones ha repetido Juan Pablo II.

Unidad y desintegración son proyecto y problema que afectan especialmente a América Latina en su situación internacional y en su realidad interna social y eclesial. Pertenecen al bloque de cuestiones fundamentales que han de ser abordadas en Santo Domingo 92 y que conectan directamente no sólo con las necesidades y aspiraciones de nuestros pueblos, sino también con las exigencias y el programa del Evangelio.

1. EL AMBIGUO ACONTECIMIENTO DE LA UNIFICACION DE LA HUMANIDAD

La marcha hacia una unificación planetaria

Uno de los fenómenos históricos que más trascendencia ha tenido en la configuración de nuestro mundo actual ha sido la revolución comercial acontecida en Europa en los lejanos siglos XII y XIII.

Ella desencadenó un proceso de encuentro entre todos los pueblos de la tierra y un constante incremento de los diferentes sistemas de relación entre ellos. El desarrollo tecnológico de estos dos últimos siglos ha impulsado geométrica y universalmente los contactos, originando una unificación cada vez más apretada de toda la humanidad a nivel planetario.

Así ha surgido una nueva conciencia común y universal, interiorizada en todos los pueblos y naciones: la conciencia de la humanidad. Ella nos descubre que la tierra es, en medio del inmenso universo, la casa común y la pequeña aldea de la familia humana. Ella ha despertado nuestra responsabilidad colectiva ante el sistema ecológico planetario y ante la sobrevivencia y desarrollo de la vida humana. Ella nos

ha descubierto la necesidad de promover entre todos un ambiente estable de paz, sustentado sobre cimientos de justicia y en el que tengan lugar la libertad y la solidaridad entre todos los pueblos y entre todos los hombres.

Creo que podemos afirmar que estamos asistiendo, por vez primera en la historia, al nacimiento de una transcultura que afecta profundamente a todas las culturas particulares y locales que, de suyo, no debe privarlas de su propia identidad, sino integrarlas en un sistema de comunión y solidaridad, que tenga como sujeto el nosotros de toda la humanidad.

Incluso se han formulado ya los tres grandes valores rectores de esta transcultura: libertad, igualdad y fraternidad, no como valores desmembrados entre sí, sino constituyendo la unidad de una trilogía cuyos componentes han de vivirse interrelacionados entre sí y a todos los niveles.

Una unificación de la humanidad en esta dirección puede parecer ideal y utópica. Tan utópica que cabe preguntarse hasta qué punto la encontramos en el devenir de estos siglos pasados e incluso en la actualidad, a no ser en grandes manifiestos solemnes con muy limitadas resonancias prácticas. Es cierto que se ha dado una fuerte unificación en toda la humanidad. Pero se trata de una unificación llena de problemas y ambiguedades.

Una unificación ambigua y cuestionada

Las Iglesias de América Latina, desde la experiencia actual de sus pueblos, en el Documento de Puebla cuestionaron enérgicamente el actual sistema que predomina en la unificación de nuestro mundo:

> *Ella pone en cuestión, como es obvio, aquella 'universalidad', sinónimo de nivelación y uniformidad que no respeta las diferentes culturas, debilitándolas, absorviéndolas o eliminándolas. Con mayor razón la Iglesia no acepta* aquella instrumentación de la universalidad *que equivale a la unificación de la humanidad por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos o sectores sociales sobre otros pueblos y sectores* (P 427).

El problema ya había sido denunciado en 1967 por Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*; advirtiendo que si continúa la misma situación "está en juego la vida de los pueblos pobres, la paz civil de los países en vías de desarrollo y la paz del mundo" (PP 55). Expresamente afirmaba: "Los hombres ya no se unen por amistad, sino por interés que pronto les hace oponerse unos a otros y desunirse" (PP 19). Y abría como alternativa un camino de solidaridad universal (PP 17) que

permitiese superar las condiciones de vida menos humanas hasta alcanzar otras más humanas (PP 20,21).

Veinte años después, en 1987, Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo rei socialis* volvía al tema de la actual unificación de la humanidad destacando las operativas relaciones de interdependencia a todos los niveles y subrayando las funestas consecuencias que sigue desencadenando su actual montaje estructural y sus orientaciones (SRS 17-19). Volvía a insistir que en orden a conseguir la paz y el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres era necesario reorientar el sistema de la interdependencia planetaria por los valores de la solidaridad y de la libertad "sin sacrificar nunca la una a la otra bajo ningún pretexto" (SRS 33) y teniendo en cuenta el derecho de todos los pueblos y hombres a una igualdad fundamental (SRS 33).

Independientemente de otros factores técnicos, el Papa denuncia el actual sistema de unificación interdependiente por la falta de vigencia en su orientación de los tres valores fundamentales: la libertad, la igualdad y la solidaridad. Son los valores más voceados por el denominado humanismo democrático, pero también son los grandes ausentes, sobre todo cuando entramos en el complejo mundo de las relaciones comerciales. Por esto Pablo VI afirmaba:

> *Es un humanismo pleno el que hay que promover. (...) El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. No hay, pues, más que el humanismo verdadero que se abre al Absoluto, en el reconocimiento de una vocación que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose, según la tan acertada expresión de Pascal, el hombre supera infinitamente al hombre* (PP 42).

2. AMERICA LATINA TESTIGO DE UNA UNIFICACION DESINTEGRADA

América Latina es un testigo privilegiado del fenómeno de la unificación desintegrada y desintegradora. La ha vivido durante siglos. La padece en sus relaciones internacionales y en la interioridad del continente y de cada una de sus naciones. Sus problemas más acuciantes tienen relación con ese contradictorio binomio que simultáneamente habla de unificación y de desintegración.

Son múltiples los factores que nos justifican y muestran la original unidad de América Latina y son evidentes las múltiples conexiones de su amplia población con el resto de la humanidad, constituyendo una parte importante de nuestra actual

historia común y universal. Es un sector significativo de nuestro planeta, necesari para poder comprender los problemas y la marcha global de nuestro mundo.

Es clara la integración de América en el contexto mundial, pero se trata de un integración enferma y peligrosa, gravemente afectada por tres virus: e neocolonialismo, los nacionalismos cerrados y las rupturas étnicas y sociales. So tres órdenes de problemas histórica y existencialmente relacionados entre sí que da como resultado su interna desintegración.

Me parece importante hacer una breve reflexión sobre cada uno de estos factore desintegradores, dado que ellos condicionan la solución de otros problemas y pue den constituírse en impulsores de otros nuevos y aún mayores.

Imperios y colonias

Ante la realidad de nuestro mundo actual, simultáneamente unificado y dividido en bloques, Juan Pablo II ha denunciado que en él "dominan diferentes formas de imperialismo" a las que teológicamente cualifica como estructuras de pecado (SRS 36).

Las afirmaciones del Papa vienen a confirmar la teoría de la dependencia que con tanta insistencia se ha denunciado durante los últimos decenios en nuestro continente. lo que dió origen en la Teología de la Liberación a descubrir la presencia del pecado no sólo en las personas sino también en las estructuras nacionales e internacionales, cristalizadas en los sitemas económico-sociales, políticos y culturales.

Durante estos cinco siglos América Latina ha vivido siempre bajo distintos tipos de imperialismo, quedando sometida a situaciones de satelitismo colonial o neocolonial, con todas las consecuencias negativas que esto implica (SRS 22).

Podemos distinguir tres grandes períodos en la historia de América Latina: el denominado colonial, controlado por las metrópolis de España y Portugal; el de la época de la emancipación hasta la segunda guerra mundial, en el que se crea una situación neocolonial en estrecha dependencia especialmente con Inglaterra y Francia; por último, a partir de 1945, nuestros países quedan integrados en el área de influencia de Estados Unidos.

Como ha advertido el profesor Alberto Methol Ferré, cuando los Reinos de Castilla y Portugal llegan a la Amerindia ésta no constituía un continente unificado y sólo se puede decir que existían dos zonas integradas, la del Imperio Azteca y la del Imperio Inca. Podemos afirmar que ambos reinos europeos imprimieron un primer

impulso de unificación, pero de unificación colonial, en la que se provocaron nuevas corrientes creadoras, pero también desintegradoras y destructoras.

Durante este período la colonización se llevó a cabo mediante el sistema de conquista. Los conquistadores se establecieron en el continente edificando y estableciendo los nuevos centros de control y poder, aunque siempre subordinados en todos los órdenes a las grandes metrópolis luso-hispanas.

El sistema de conquista originó tres factores de desintegración: privación de autonomía política, enfrentamiento entre culturas e injusta estratificación de la población.

En primer lugar, no sólo las comunidades aborígenes perdieron su tradicional independencia política, sino también todo el continente conquistado, ya que sus nuevas autoridades locales siempre quedaron subordinadas a las decisiones metropolitanas. De esa manera la América hispana y la lusitana quedaron fijadas como poblaciones heterónomas para todas las cuestiones de mayor importancia.

Segundo: la cultura importada por los conquistadores se constituyó en dominante y normativa, claramente enfrentada con las culturas autóctonas y con claras tendencias etnocidas.

Por último, la población quedó profundamente estratificada y dividida por marcadas diferencias jurídicas y legales. Se procuró dejar bien diversificados los españoles de los criollos y éstos de los mestizos, mulatos, aborígenes y esclavos negros. Así se originó una sociedad de desiguales y, consiguientemente, de grupos desintegrados radicalmente entre sí.

La emancipación y los años que la siguen marcan una segunda etapa de imperialismo, aunque dentro de un modelo neocolonial. Como constataba Bolívar en su Carta de Jamaica la secesión se produjo por el colapso de España:

> *Pretende reconquistar la América sin marina, sin tesoro y casi sin soldados. ¿Podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política?* Pero al mismo tiempo constataba que: *de cuanto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona y por la inicua guerra que la regencia nos declaró.*

La coincidencia de estos dos hechos tuvo como resultado la desintegración del

continente en débiles estados -en el contexto de una época de desarrollo industrial en Europa- y su nueva dependencia neocolonial especialmente con el Imperio Británico.

Durante esta época se endurece en los países el viejo sistema feudal de la colonia. surgen las rivalidades entre caciques y caudillos, se incrementan y agravan las desigualdades entre los distintos sectores sociales y étnicos, aunque serán años en los que desaparece la esclavitud de los afroamericanos. Las élites culturalmente se europeizan y se alejan del pueblo. Los desequilibrios económicos y sociales se agudizan. Los aborígenes llegan a una situación de mayor opresión y marginación, cuando no se emprenden decididos genocidios.A partir de 1945 se produce un desplazamiento del centro de dependencia de las naciones latinoamericanas. Quedan en el área de influencia imperial de los Estados Unidos, que en ese momento tienen que enfrentar una peligrosa guerra fría frente al creciente y expansivo imperialismo soviético.

En esta época se impulsa la modernización e industrialización del continente bajo el modelo del desarrollismo económico y de un capitalismo liberal típicamente manchesteriano. Las transformaciones y los costos sociales son gigantescos, agravándose la desintegración interna de las naciones por las injusticias, la represión y la violación de los derechos humanos más elementales . Los sectores sociales más golpeados han sido los populares y las comunidades aborígenes. En este contexto se desarrollan los diversificados movimientos de liberación. En la mayoría de los países se desencadenan auténticas y destructivas guerras civiles a las que los argentinos han calificado como "guerras sucias". Nosotros somos hoy testigos de los trágicos resultados de la experiencia de estos años, sintiéndose en todo el continente y en todos sus sectores la necesidad de buscar caminos de integración interna, pero sustentada sobre bases de justicia, de libertad y de solidaridad efectiva entre todos los latinoamericanos.

El problema de los nacionalismos

Otra de las causas de desintegración de nuestro continente ha sido el suicida nacionalismo de cada uno de sus países -tema que en repetidas ocasiones y de diferentes modos ha sido abordado por Juan Pablo II-, originando no sólo situaciones de aislamiento sino incluso de enfrentamiento por diferentes motivos.

Cierto que en el desarrollo de los nacionalismos tiene una fuerte influencia su dependencia de metrópolis imperiales:

Los países subdesarrollados, en vez de transformarse en naciones autónomas,

> *preocupadas de su propia marcha hacia la justa participación en los bienes y servicios destinados a todos, se convierten en piezas de un mecanismo y de un engranaje gigantesco. Esto sucede a menudo en el campo de los medios de comunicación social, al estar dirigidos mayormente por centros de la parte norte del mundo, no siempre tienen en la debida consideración las prioridades y los problemas propios de estos países ni respetan su fisonomía cultural; a menudo imponen una visión desviada de la vida y del hombre y así no responden a las exigencias del verdadero desarrollo* (SRS 22).

Pero también es cierto que nuestros exagerados nacionalismos desde la época de la emancipación han sido origen de múltiples guerras fratricidas que, por diferentes motivos, han dificultado el encuentro y la colaboración entre todos nuestros países.

Recientemente somos testigos de dos significativos hechos: la falta de solidaridad entre las naciones para enfrentar colectivamente el agudo problema de la deuda externa y los continuos fracasos para crear mercados comunes incluso a niveles regionales.

Recordemos unos hechos. Después de la firma del Tratado de Roma en 1958, que dió origen a la Comunidad Económica Europea, América Latina se lanzaba a su primer proyecto de integración. Se funda la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio) que pronto se ve acompañada por el Mercado Común Centroamericano y por el Pacto Andino. En la década de los 70 el esfuerzo se veía fracasado, siendo reemplazado en 1980 por ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración) de actuación poco relevante en el ámbito continental.

No es el momento de detenernos a examinar las causas de estos fracasos en los que ciertamente intervienen el imperialismo, los acusados nacionalismos y los regímenes internos cargados de autoritarismo y de inestabilidad. Pero el hecho es patente.

En marzo del presente año se acaba de firmar el tratado de MERCOSUR que busca una integración del Cono Sur. Anteriormente, desde una dimensión marcadamente política, con ocasión de la crisis centroamericana se organizó el Grupo Contadora que más tarde se convirtió en el Grupo de los Ocho.

Ultimamente, con la misma inquietud integradora, acaba de celebrarse el encuentro de Guadalajara. Son búsquedas de integración regional y continental en el espíritu de los grandes próceres de la emancipación, pero que hasta ahora siempre han encontrado problemas y dificultades insuperables, cuyo resultado es la ausencia de una verdadera autonomía latinoamericana en el plano internacional.

Desintegración social y étnica

Bajo los problemas de la dependencia imperialista y de los exagerados nacionalismos subyace una cuestión extraordinariamente grave, que con expresiones y cuantificaciones diferentes, minan a todos nuestros países: la desintegración social y étnica.

Las bases de esta desintegración las encontramos ya en el período colonial. Durante este período se organiza la sociedad en un modelo de rígida estratificación entre desiguales. Con derechos y obligaciones perfectamente diferenciadas aparecen los metropolitanos, los descendientes de los conquistadores y los criollos, los mestizos, los mulatos, los aborígenes y los esclavos importados de Africa y posteriormente acriollados. Los resentimientos profundos y la desintegración que originaba este sistema de organización fundamentalmente injusta se han ido acumulando hasta nuestros días.

Los problemas se agravaron después de la emancipación. Los grandes beneficiarios de la nueva situación fueron las oligarquías criollas, aunque frecuentemente enfrentadas entre clanes y familias. Las grandes víctimas, en general, fueron las comunidades aborígenes, que cayeron en un mayor desamparo. Progresivamente se resolvió el problema de la esclavitud pero, en la práctica, los afroamericanos quedaron reducidos a una ciudadanía de una categoría inferior para todos los efectos prácticos.

La situación se ha hecho mucho más grave a partir de 1945, cuando nuestro continente optó por un proyecto global de industrialización y modernización. La reconversión del sector primario, las ingentes migraciones internas, la concentración en megápolis, la acelerada incorporación a un nuevo sistema para el que no se encontraba preparada la mayor parte de la población han originado la explosión de un mundo proletario sometido a condiciones generalmente muchos más inhumanas de las que anteriormente se habían padecido. La necesaria expansión en la búsqueda de nuevas fuentes de riquezas han afectado de nuevo y muy especialmente incluso a las comunidades aborígenes más alejadas y que mantenían una relativa independencia y aislamiento en sus propios territorios. Frente a ellos en muchos países se ha vuelto a desarrollar la política del integracionismo y la de la prioridad de las necesidades nacionales.

La reacción no se hizo esperar. Surgieron los movimientos de liberación tanto en los sectores populares proletarizados como en las comunidades aborígenes. La desintegración se transformó en conflicto, en guerras y en represión y, consiguientemente, en nuevos resentimientos y peligrosa desconfianza.

cristianas, diferentes a las que se estaban aplicando. Ellos en nombre del Evangelio, de su vocación misionera y de la ética más fundamental, se constituyeron en los abogados de los aborígenes y de los esclavos negros, como son los destacados casos de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Francisco José de Jaca.

Pero también tenemos que recordar que el gran bloque de la Iglesia se encontraba marcado por la mentalidad de los conquistadores y por la mentalidad gregoriana, que ha prevalecido en la Iglesia Occidental durante todo el segundo milenio. Estas dos mentalidades tuvieron una gran influencia en la gestación de la nueva América Latina.

La mentalidad conquistadora, con una fuerte carga etnocéntrica europea, favoreció una visualización de las comunidades aborígenes como pueblos retrasados e incluso salvajes -expresión que tantas veces se repite en los documentos- y a sostener las viejas teorías aristotélicas sobre las que se mantenía el tráfico y la esclavitud de los negros. Esta mentalidad fué tan acusada y operativa que los grandes misioneros y profetas sintieron la necesidad de hablar de una evangelización pacífica o "al modo de San Francisco Javier", como alternativa a la que se estaba desarrollando en muchos lugares.

Esta mentalidad conquistadora unida a la gregoriana tuvo efectos desintegradores no sólo en el campo socio-cultural, sino también al interior de la propia Iglesia. El tema lo he tratado ampliamente en un artículo que tiene como título *Inculturación y endoculturación de la Iglesia en América Latina* (Medellín, 60 (1989) 478-521). Por dificultades y problemas de inculturación también en la Iglesia aparecieron como tres grupos de cristianos: los criollo-mestizos, los aborígenes y los afroamericanos. Todos cristianos, pero en el primer grupo se encontraban como los cristianos privilegiados, quedando en ellos prácticamente replegada la autoridad eclesial. Aborígenes y afroamericanos tradicionalmente quedaron atendidos por misioneros y párrocos que pertenecían al primer grupo, fenómeno que se ha prolongado durante centurias y que todavía podemos comprobar en muchos casos.

Es evidente que la Iglesia colonial unificó ampliamente el continente en la unidad de una fe tal como hoy lo contemplamos. Pero tampoco podemos ignorar su responsabilidad en la desintegración de su población, hecho que constantemente fue denunciado por sus profetas y al que pretendieron encontrar solución los mejores de sus misioneros y evangelizadores. Antonio Ruiz de Montoya afirmaba que las reducciones se establecieron para poner paz entre españoles e indios, lo que no se había conseguido después de más de cien años en las Indias.

Una Iglesia en marcha hacia la integración

Prescindiendo de otras etapas de nuestra historia y siempre desde el punto de vista de la problemática de la integración, considero un momento crucial de nuestra Iglesia la Conferencia de Río de Janeiro, celebrada en 1955.

Especial importancia tuvo en este encuentro el discurso del Cardenal Piazza sobre la unidad de la Iglesia y las intervenciones de Monseñor Larraín en las que expresaba que "solamente una América Latina estrechamente unida, no sólo en la fe y en la caridad como ya está, sino más que todo en la acción, podrá dar a la Iglesia la respuesta de esperanza redentora que de ella espera".

Diría que en dicha conferencia subyacía implícitamente la necesidad de una integración operativa de todas las iglesias locales en orden a colaborar en la integración del continente a todos sus niveles.

Examinándolas desde esta perspectiva las conclusiones ofrecen algunas líneas orientadoras: mayor integración interna de todos los miembros de la Iglesia, destacando los laicos con un desarrollo de su formación; apertura amplia y ecuménica con las iglesias separadas; una nueva comprensión de la realidad aborígen; apertura a todos los problemas de América Latina y responsable decisión de colaborar en su solución, etc.

Con motivo de esta conferencia nace el CELAM e inmediatamente después la CLAR y la OSLAM: todo ello constituía una sectorial integración latinoamericana, la eclesial, con el compromiso de colaborar, desde su propia misión y originalidad, en la unificación solidaria de todo el continente.

Medellín y Puebla suponen un importante avance. En estos luminosos documentos se apuntan las diferentes causas que explican la situación desintegrada de América Latina y se orientan caminos para su superación. La opción preferencial por los pobres y la visualización de la realidad desde su óptica ofrece nuevas perspectivas para una comprensión más humana de los problemas e impulsa la configuración de un nuevo modelo de Iglesia más adaptado para enfrentar la integración a partir de la superación de las múltiples injusticias padecidas por los diferentes sectores étnicos y sociales del continente.

4. UNA IGLESIA INTERNAMENTE INTEGRADA Y PROMOTORA DE LA INTEGRACION

Tras estas breves reflexiones quiero dejar subrayado que, a mi juicio, el problema

de América Latina que necesita soluciones más urgentes es el de su integración interna a todos sus niveles y que la Iglesia ha de afrontar, desde su originalidad, en la próxima Conferencia de Santo Domingo 92.

Como he indicado en otras ocasiones es la integración -y la solidaridad- el objetivo específico de la nueva evangelización y sobre él nos ha ofrecido orientaciones muy importantes Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, que debería ser estudiada con toda profundidad. Este documento no marca un cambio o alternativa a la evangelización liberadora que durante estos años ha impulsado nuestra Iglesia en el continente. Sólo pretende hacerla más operativa. Sin solidaridad e integración no es posible un proceso de liberación y de desarrollo integral (SRS 46-48).

Pero, ¿cuáles son los caminos a seguir? Apunto algunas pistas que pueden ser objeto de diálogo y discusión en orden a una clarificación entre todos.

Una Iglesia internamente solidarizada e integrada

Volvemos a la intuición de Río de Janeiro: sólo una Iglesia integrada puede colaborar en el proceso de humana y eficaz integración de toda América Latina.

Es evidente que desde 1955 se han dado importantes pasos en este sentido, desde la fundación de su grandes instituciones latinoamericanas con sus réplicas nacionales (CELAM, CLAR Y OSLAM), hasta el nuevo sistema de organización que ofrecen las originales Comunidades Eclesiales de Base.

Pero también son evidentes las fracturas que durante estos años se han dado entre nosotros por diferentes causas y motivos.

Pienso que es necesario un amplio diálogo entre todos los sectores de la Iglesia, como el que propugnaba Pablo VI en la *Ecclesiam Suam* (ES 54-109), capaz de impulsar un proyecto evangelizador común con el apoyo generoso de todos los miembros de nuestra amplia comunidad. Como he indicado en otro lugar es necesario vitalizar la corresponsabilidad real en la Iglesia y pasar del *sensus fidei* al *consensus fidelium*.

Durante estos años, tanto en el documento de Medellín como en el de Puebla, se han establecido claros principios evangélicos y sólidas bases operativas para encontrarse en ellas todas nuestras Iglesias y todos sus sectores. Desde ellos tenemos un punto de partida para abrir caminos nuevos. Es evidente que hoy necesitamos un lugar y un foro de encuentro y diálogo. Juzgo que el CELAM puede ser dicho ámbito.

Pero también es importante un diálogo permanente y unas relaciones de solidaridad

Pero el testimonio de la Iglesia ha de saber también impulsar en todos los sectores sociales la solidaridad con las víctimas y con sus reclamaciones para que se acelere aquel progreso integral, del que hablaba Pablo VI, que pretende liberar a todo el hombre y a todos los hombres.

Una Iglesia solidarizada con los grandes valores del nuevo humanismo

En nuestro actual mundo unificado está surgiendo un ambiente cultural universal que comienza a afectar a todas las culturas de la humanidad. En él subyace un nuevo humanismo, en contexto de postmodernidad, que se constituye en instancia crítica y ética de la realidad existente.

Dicho humanismo se orienta fundamentalmente por los valores de la libertad, igualdad y fraternidad o solidaridad. Pero la superación de la modernidad -caracterizada por un rígido racionalismo, frecuentemente ideologizado por el etnocentrismo, las élites o las mayorías- ofrece una nueva relectura de dichos valores, exigiendo un respeto operativo a los derechos de las minorías, de los sectores tradicionalmente marginados y oprimidos. Nos encontramos en una situación en la que se busca que la racionalidad de la razón no quede aislada de la sapiencialidad, sino que entre las dos -racionalidad y sapiencialidad- se produzca un profundo encuentro, creativo y orientador de nuevos caminos. Esta nueva realidad humanística la Iglesia no sólo la encuentra en nuestro mundo, sino también en el Evangelio. Esto le permite colaborar eficazmente en el desarrollo de esta nueva cultura, sabiendo que promover estos valores es evangelizar y que la evangelización conlleva también el impulsarlos a todos los niveles.

Una Iglesia impulsora de comunidades maduras y misionera

En la *Christifideles laici* se afirma que "esta nueva evangelización(dirigida no sólo a cada una de las personas, sino también a enteros grupos de poblaciones en sus más variadas situaciones, ambientes y culturas) está destinada a la *formación de comunidades eclesiales maduras*, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con él, de existencia vivida en la caridad y servicio" (Ch L 34).

Nos podemos preguntar cómo la Iglesia puede realizar su servicio integrador de los fieles con el continente -con sus víctimas y con sus desafíos- y de este con el desarrollo integral de nuestra humanidad, si no parte de este tipo de comunidades. La tarea de la integración continental y planetaria no se va a realizar primariamente por la jerarquía sino por los laicos. Juan Pablo II ha dicho que la nueva evangelización

con todas las otras iglesias y especialmente con las del hemisferio norte. No podemos olvidar que ellas también se encuentran comprometidas con una nueva evangelización de sus zonas. Ellas han de ser presencia permanente de las víctimas del Tercer Mundo en la conciencia del Primero, impulsando un espíritu de solidaridad efectiva y justa que cimiente una futura paz planetaria.

Una Iglesia plurinculturada

La integración exige un respeto a los derechos de las diferentes culturas, que tan variadas aparecen en nuestro amplio territorio. Esto exige el testimonio de una Iglesia que sabe ser una mientras se encarna en las culturas más diferenciadas entre sí. Esto supondría además una rectificación de los errores misionales, en el que incidió la Iglesia colonial. Los grandes principios orientadores los encontramos en el decreto *Ad Gentes*, con las posteriores relecturas realizadas en América Latina.

Una Iglesia impulsora del ecumenismo y de la fraternidad religiosa

Juan Pablo II afirmó en el norte de Europa recientemente que la nueva evangelizaciónnecesita en su base un fuerte impulso del ecumenismo. Y en las jornadas por la paz, celebradas hace años en Asís, invitó a todas las grandes religiones a unirse en la oración.

Esta orientación también tiene su lugar en América Latina. Las diferentes iglesias y las diversas religiones existentes, con marcadas diferencias pero todas creyentes del Dios de la vida y del Dios de la paz, han de sentirse fraternalmente solidarias para colaborar juntas en la integración de un continente, abierto a la civilización del amor. La Iglesia también ha de ser propulsora, sin irenismos fáciles, de este tipo de integración y de solidaridad.

Una Iglesia solidaria con los pobres y con las víctimas de nuestro mundo

Esta es una exigencia que se ha hecho ya durante estos años característica de nuestras Iglesias con su palabra y con su testimonio. Alrededor de esta opción se agrupan los innumerables mártires de los últimos decenios.

En la *Sollicitudo rei socialis* se insiste en la necesidad de promover la solidaridad incluso organizativa y operativa entre ellos y en apoyar, desde la especificidad religiosa y evangélica de la Iglesia, sus justas causas. Donde no existe justicia no puede producirse el milagro de la integración y de la solidaridad sobre la que ha de construirse la liberación integral de todos y la paz.

con sus correspondientes objetivos, o se hace con los laicos o no se hace. A los que tienen el ministerio sacerdotal en la Iglesia les corresponde procurar mantener en todos la fidelidad al Evangelio, ayudar en la formación de las comunidades, impulsar en ellas el Espíritu del Señor, hacer presente nuestro pensamiento social, colaborar para que toda agrupación cristiana y cada creyente actúe como fermento de integración. Pero son las comunidades y especialmente los laicos los que se han de sentir directamente comprometidos en responder a este difícil y estimulante desafío.

Por último, el gran objetivo de inspirar en nuestro mundo y en sus culturas el espíritu de la solidaridad y de promover en nuestro continente su progresiva integración, no ha de disminuir en nuestras Iglesias su vocación misionera, como recientemente se ha subrayado en la *Redemptoris Missio*. Una Iglesia que dejara de ser misionera indicaría que se ha debilitado en ella su fe en la fuerza salvífica del Evangelio y en la irremplazable función de fermento que tienen las comunidades cristianas y que el Señor quiere que se hagan presentes en todos los pueblos y en todas las culturas. Necesitamos recuperar la conciencia de que la fe en Cristo es primariamente una fuerza salvífica y transformadora, capaz de hacer de un hombre viejo un hombre nuevo y de un mundo desintegrado un mundo integrado en el don del Reino de Dios.